

La
fraternidad
de la piedra



DAVID
MORRELL

Saga La hermandad de la rosa 2

Hubo un tiempo en que Drew MacLane era el agente estrella de una organización clandestina de asesinos sancionados por el gobierno, hasta el día en que fue plenamente consciente de que lo que él hacía no difería en absoluto de los actos de los terroristas fanáticos a los que con tanta justificación daba caza. Para expiar sus pecados, se une a una dura orden monástica de severa reclusión donde intenta con todas sus fuerzas olvidar el pasado. Seis años más tarde, en un intento por eliminar a Drew, alguien mata a un monje de su orden. Pero por pura suerte, y con la ayuda de sus destrezas, no tan oxidadas, Drew logra escapar.

Ahora, acorralado en la incertidumbre insostenible de asesinar o ser asesinado, la conciencia moral y los instintos de supervivencia de Drew luchan una furiosa batalla, incluso durante la búsqueda desesperada de su asesino. Sin saber a quién pedir ayuda, e incapaz de distinguir entre amigos y enemigos, Drew se siente desconcertado al regresar a una sociedad de la que él mismo decidió aislarse, hace renacer una antigua aventura amorosa y se encuentra con una secreta pero formidable fraternidad de monjes, decididos a proteger a la Iglesia a cualquier precio. Esta narración de David Morrell de trama impecable sobre un asesino reformado y con vetas de religiosidad no es solo una novela intensa y emocionante, sino que plantea algunos dilemas morales exquisitos. El autor pone el dedo en la llaga de varios problemas espinosos a los que se enfrenta el mundo actual, y a pesar de no dar una solución, revisa con imparcialidad los distintos puntos de vista. A través de los ojos de Drew, el lector se ve arrastrado a un mundo donde, para contrarrestar los actos de pura violencia y terrorismo, entra en juego una nueva orden para combatir a los asesinos. ¿Acaso son tan diferentes de la gente a la que dan caza? Esta es la pregunta extremadamente controvertida que plantea Morrell. Ni la Iglesia Católica, con su historia de

profundas raíces y su tácito poder, escapa al ojo explorador del autor. Al combinar intrincados detalles monásticos y religiosos con información fascinante sobre armamento y formación de personal para acabar con el terrorismo, al engranar el pasado con el presente en una narrativa sin costuras, Morrell da vida a una historia repleta de preguntas y suspense, tan inolvidable como claramente absorbente.

Con amor, a mi madre, Beatrice

En algunos aspectos, la profesión de la información se parece a la vida monástica, con las disciplinas y sacrificios personales que recuerdan las órdenes medievales.

*Informe del Comité de
Depuración del Senado
de los Estados Unidos
sobre Actividades del
Servicio de Informa-
ción, 1976*

Prólogo. GUERREROS DE DIOS

LOS PADRES DEL DESIERTO

Egipto, año 381.

El Imperio romano, peligrosamente fragmentado, hizo un desesperado intento de unirse, eligiendo el cristianismo como su religión única y oficial. Unos pocos fanáticos cristianos, desilusionados por esta contaminación de su religión por la política, se retiraron de la sociedad, aventurándose en el desierto egipcio, donde vivían en cuevas para buscar una mística unión con su Dios. Al extenderse el rumor sobre estos ermitaños espirituales, otros cristianos desilusionados se les unieron pronto, fundando una austera comunidad religiosa basada en el ayuno, la plegaria y la mortificación física. En el año 529, las severas tradiciones de los por algunos llamados «santos locos» habían empezado a desplazarse hacia el norte a Europa.

Y así nació el monacato cristiano.

EL VIEJO DE LA MONTAÑA

Persia, 1090.

Hassan ibn al-Sabbah, líder de una fanática secta de musulmanes, adoptó el asesinato como un deber sagrado en su lucha por arrebatarse el control de su país a los invasores turcos y a su aliado, el califa egipcio. Su organización secreta de asesinos religiosos pronto se extendió hacia el este, a Siria, donde cada uno de sus sucesores adoptó el título de «el Viejo de la Montaña». En 1096, los cruzados europeos invadieron el Medio Oriente, comenzando su Guerra Santa, autorizada por el Papa, contra los musulmanes para recuperar el Santo Sepulcro. Estos intrusos atrajeron naturalmente la atención del Viejo y sus seguidores, los cuales eran conocidos como *hashishi* por el hashish que supuestamente fumaban para conseguir el éxtasis religioso y provocar el frenesí con el que se preparaban para enfrentarse a un posible martirio.

Pero *hashishi* era una palabra que los cruzados pronunciaban mal.

Y llevaron consigo a Europa un nombre diferente: asesinos.

SANTO TERROR

Palestina, 1192.

Aunque el sol había empezado a ponerse, la arena del desierto no había cedido aún su calor. Rodeada de guardianes, la voluminosa tienda —hecha de pesada lona— se hinchaba ligeramente a causa de una ardiente brisa. Exhaustos caballos, de piel resbaladiza por el sudor, levantaron nubes de polvo cuando los caballeros que los montaban se aproximaron desde campamentos opuestos. Cada columna iba precedida por sus portaestandartes, representándose en sus respectivas banderas tres leones de oro, uno encima del otro, sobre un campo rojo —la inglesa—, y una flor de lis dorada sobre un campo de azul: la francesa. Aunque unidos en una santa causa, había sin embargo una profunda discrepancia política entre sus países, porque los franceses discutían la propiedad de los territorios que los ingleses tenían en Francia. Debido a estas tensas relaciones, ninguna de las dos columnas estaba dispuesta a tolerar que la otra llegara en segundo lugar y a sufrir por tanto la indignidad de tener que esperarla. Los exploradores apostados en dunas cercanas habían señalado los avances de cada grupo, asegurándose de que ambas delegaciones convergirían en la tienda simultáneamente.

Las columnas se encontraron: cuatro emisarios en cada una, con sus criados. Dirigieron su mirada a una estéril montaña situada en la lejanía donde pululaban los ejércitos

entre las humeantes ruinas de un castillo rematado de minaretes. El asedio había sido brutal, muy costoso en vidas humanas, y había durado casi tres meses. Pero al fin, aquí en Acre, los musulmanes habían sido derrotados.

Por un momento, las diferencias políticas entre franceses e ingleses fueron olvidadas. Cansados pero resueltos, se alabaron mutuamente su valor, felicitándose por la victoria. Desmontaron primero los guardias de corps, luego los pajes que asistían a sus señores. En contraste con el orgullo que había impulsado a cada grupo a evitar la posible espera del otro, sus modales cortesanos les exigían ahora ofrecer a sus rivales el privilegio de ser los primeros en entrar en la tienda. El sentido práctico resolvió el problema. El señor que estaba más cerca de la entrada aceptó separarse de sus criados y dio un paso adelante.

Una vez dentro, asegurado el faldón de la tienda, los caballeros se desprendieron de sus armas, cascos y cotas de malla. La atmósfera era sofocante. Después del resplandor del sol del desierto, sus ojos tuvieron que adaptarse lentamente a la mortecina luz. Las sombras de los guardianes del exterior se recortaban contra las paredes de la tienda.

Los caballeros se evaluaron mutuamente. En esta cruzada a Tierra Santa, la Tercera, habían aprendido la lección de los anteriores cruzados, y llevaban largas túnicas para preservar la humedad de su cuerpo e impedir que el terrible sol les quemara la piel. Las túnicas eran pálidas, atrayendo así menos el calor que los brillantes colores que ellos preferían en su tierra natal. La única concesión al color era la alargada imagen de una cruz roja que adornaba la parte delantera de su túnica..., junto con las cobrizas manchas de sangre de pagano seca.

Los hombres llevaban barba. Aun así, sus mejillas tenían aspecto demacrado y deshidratado. Con las levantadas capuchas que les cubrían su enmarañado cabello, bebieron de copas preparadas para ellos. Teniendo en cuenta el objetivo de esta reunión, hubiera sido preferible el agua. A fin

de cuentas, se necesitaba una cabeza clara. Pero la logística de la Cruzada, dado el inmenso territorio en que se desarrollaban las operaciones, había fallado, dando lugar a unas líneas de suministro inseguras, y el vino —que ellos habían guardado para una celebración— era el único líquido disponible. Aunque estaban sedientos, lo bebieron con moderación. Por el momento.

El más alto y musculado de los presentes, un lord inglés conocido por su destreza con el hacha de armas, fue el primero en hablar, usando el lenguaje diplomático aceptado, el francés. Se llamaba Roger de Sussex.

—Recomiendo que terminemos con nuestro asunto primero, antes de... —Hizo un gesto en dirección al pan, aceitunas y carne seca sazonada con especias, dispuesto para ellos en una mesa.

—Conforme —replicó el líder del contingente francés, Jacques de Wisant—. Vuestro rey Ricardo, ¿no va a acompañarnos?

—Consideramos prudente no informarle sobre esta reunión. ¿Y vuestro rey Felipe?

—Hay ciertas cuestiones que es mejor discutir en privado. En caso de necesidad, se le informará de lo que decidamos.

Cada uno de ellos sabía lo que el otro quería decir. Aunque tenían sus propios guardianes, ellos eran guardianes también, de una especie más elevada. Su función era tomar las necesarias medidas para proteger a sus respectivos soberanos. Dicha protección requería una red de informadores que les trajeran los rumores aun más vagos sobre conspiraciones subversivas. Pero raras veces llegaban tales rumores a Ricardo o a Felipe. Lo que un rey ignoraba no le alarmaría o le haría sospechar que su personal de seguridad no era como debía. En aquellos tiempos, la destitución podía adoptar la forma de un hacha sobre el cuello de uno.

—Muy bien, pues —dijo un inglés, William de Gloucester—. Sugiero que empecemos.

El carácter del grupo cambió bruscamente. En tanto que, hasta entonces, los caballeros habían tenido conciencia de su lealtad francesa o inglesa, ahora desaparecían sus rivalidades nacionales. Compartían un lazo común, un código exclusivo, eran camaradas en la fraternidad del dios griego, Harpócrates.

Silencio. Secreto.

El inglés, Roger de Sussex, levantó una Biblia que los monjes de sus tierras habían copiado para él, encuadernada en piel con adornos de oro. La abrió. «El Libro de Daniel —explicó—. El pasaje donde Daniel domina su lengua a pesar de la amenaza de ser comido por los leones. Parece apropiado».

El ritual empezó. Los ocho caballeros formaron un círculo. Como un solo hombre, pusieron solemnemente su mano derecha sobre la Biblia y juraron mantener el secreto.

Imitando a sus enemigos —y debido a la dificultad para el transporte de muebles—, se sentaron en una adornada alfombra que sus ejércitos habían rescatado del derrotado castillo musulmán. Se echaron hacia atrás apoyándose en almohadones, dieron vueltas al vino en sus copas, y escucharon a Pierre de Petang.

—Como responsable de preparar las condiciones de esta reunión —dijo—, os recuerdo que los guardianes del exterior están bastante separados de las paredes de la tienda. Con tal de que vuestras voces se mantengan a un nivel normal, no seréis oídos.

—Ya me informaron de ellos mis ayudantes —replicó un inglés, Baldwin de Kent.

El francés agradeció con la cabeza sus cumplidos.

—Sí, mis propios ayudantes ya me informaron de que estaban siendo vigilados.

Baldwin repitió el gesto de asentimiento de su interlocutor.

—Pero *mis* ayudantes me informaron de algo más. Vuestro rey tiene intención de separar su ejército de la Cru-

zada de Ricardo.

—¿De veras?

Baldwin entrecerró los ojos.

—De veras.

—Como franceses, no nos habíamos dado cuenta de que esta Cruzada perteneciera a Ricardo.

—Así será, si Felipe regresa a Francia.

—Ah, sí, os concedo eso. —Pierre sorbió un poco de su vino—. Vuestros ayudantes tienen excelentes fuentes de información. ¿Y os dijeron cuándo tiene nuestro rey intención de llevar su ejército a casa?

—Dentro de dos semanas. Felipe proyecta aprovecharse de la ausencia de Ricardo de su corte. A cambio de los territorios que nuestro país posee en Francia, vuestro rey ha prometido su apoyo al hermano de Ricardo en su intento de apoderarse del trono inglés.

El francés se encogió de hombros.

—¿Y qué os proponéis hacer con esta información, suponiendo que sea cierta?

Baldwin no respondió.

—Respeto vuestro tacto. —Pierre dejó su copa—. Al parecer, las relaciones entre nuestros dos países pronto empeorarán. Consideremos la cuestión, no obstante. Si no existiera la rivalidad, nuestras habilidades no serían de utilidad.

—Y la vida no tendría interés. Lo cual nos lleva al motivo de solicitar esta reunión —interrumpió Jacques de Wisant.

Los ingleses se irguieron en sus asientos.

—Suponiendo que vuestras fuentes de información sean correctas —dijo Jacques—, si realmente abandonamos la Cruzada dentro de dos semanas, lamentamos también abandonar sin resolver un problema especialmente fascinante. Como gesto de despedida de la fraternidad que compartimos, nos gustaría ayudaros a hallar una respuesta.

Baldwin le estudió.

—Os estáis refiriendo, naturalmente...

—Al reciente asesinato de vuestro compatriota... Conrad de Montferrat.

—Perdonad que me sorprenda de que la muerte de un inglés, por espantosa que sea, os aflija.

—Casi tanto como el anterior y horroroso asesinato, idéntico a éste, de nuestro propio compatriota... Raymond de Chatillon.

No se necesitaba ulterior explicación. Seis años antes, una tregua entre los cruzados y las fuerzas de Saladino había sido rota cuando Raymond de Chatillon atacó la caravana de la hermana de Saladino. Por dicha violación, no se ofreció ningún desagravio pacífico, de modo que se inició la gran contra-cruzada musulmana, el *jihad*. Un año más tarde, durante el asedio de Jerusalén, la cabeza de Raymond fue hallada sobre la piedra del altar del Santo Sepulcro. A su lado aparecía un cuchillo curvo.

Desde entonces, habían tenido lugar docenas de asesinatos idénticos, consiguiendo su propósito, cual era el de despertar en los caballeros cruzados el temor a la noche. El día anterior, después de la caída del castillo musulmán aquí en Acre, la cabeza de Conrad de Montferrat había sido encontrada en el altar instalado para celebrar la misa de la victoria. A su lado apareció también un cuchillo curvo, arma que los cruzados habían aprendido ahora a asociar con el Viejo de la Montaña y su culto de fanáticos.

—Asesinos. —Roger hizo una mueca como si tuviera intención de escupir el vino—. Cobardes. Ladrones que roban vidas en la oscuridad. La manera adecuada de morir de un señor es a luz del día en la batalla, poniendo a prueba valientemente su destreza con la de su enemigo, incluso aunque éste sea un pagano. Estas serpientes no tienen ninguna consideración por el honor, la dignidad, el orgullo del guerrero. Son despreciables.

—Pero sin embargo, existen —señaló Pierre de l'Étang—. Y, más importante todavía, son eficaces. Confieso que

tengo la pesimista sospecha de que mi cabeza pueda ser la próxima que encuentren sobre el altar.

Los demás asintieron, admitiendo que tenían temores sobre sí mismos.

—Sin embargo no podemos hacer nada, excepto reunir más guardias de corps a nuestro alrededor mientras dormimos —sentenció William de Gloucester—. Y aun entonces, estos asesinos son capaces de burlar nuestras mejores defensas. Es como si se hicieran invisibles.

—No les atribuyáis tanto misterio —repuso Jacques—. Son humanos como nosotros. Pero muy entrenados.

—En tácticas bárbaras. No hay forma de luchar contra ellas —dijo William.

—Lo dudo.

El grupo miró a Jacques con intensidad.

—¿Tenéis alguna sugerencia? —preguntó Roger.

—Quizás.

—¿Cuál es, entonces?

—Combatir al fuego con el fuego.

—No lo tendré en cuenta —repuso William bufando de cólera—. ¿Usar sus obscenos métodos contra ellos? ¿Volvernos tan cobardes como ellos, arrastrándonos para caer sobre sus jefes mientras duermen? Es inconcebible.

—Pero sólo porque nunca se ha hecho.

William se puso de pie, desolado.

—Porque va contra el código del guerrero.

—Pero esas serpientes son paganos. Seres sin civilizar —dijo Jacques—. Si son demasiado primitivos para comprender el honor y la dignidad, no estamos obligados a respetarlos adhiriéndonos al código.

Su observación no carecía de fuerza. La tienda se tornó silenciosa mientras el grupo consideraba aquellas implicaciones.

William asintió.

—Confieso que deseo vengar a Conrad.

—Y a Raymond —le recordó un francés.